

IV CERTAMEN LITERARIO
DE RELATO BREVE
“ALONSO ZAMORA VICENTE”

Mis raíces

ACCÉSIT NEBRIJA:

Nieves de la Torre Pérez

Alumna de la Licenciatura en Ingeniería Industrial
Universidad Antonio de Nebrija

2 0 0 8

Mi tierra natal está infestada de sangre, y de historia. De cuentos. De mitos. No tanto de sangre heroica sino de latidos de viajeros. De historia, pero de historias de camino. Memorias de transeúnte.

Ya desde pequeña estuve tentando la suerte y recorriendo los caminos estrechos cercanos a mi casa. Barrizales. Tierra. Piedra. Y el sonido de mis botas de montaña trasteando contra el suelo. De entre todos los caminos que ya no se recorrían en esos días, mi preferida era la vieja calzada romana. Recorre el tramo ascendente desde Bárcena hasta Pesquera, en la provincia de Cantabria. Pasando por la villa (si aún se puede considerar así) de Somaconcha en su punto más alto. Más que una villa es un conjunto desigual de piedra, madera y teja. Entre una media docena de casas que parecen construidas en un pulso contra el viento, se alza una vieja ermita que data del siglo XVI. Parece hundida en la roca. Como si anteriormente hubiera sido un montículo que algún aldeano consideró estar predestinado al culto. Y que el arduo trabajo la hubiese moldeado de una manera tan basta pero tan pía, que hasta la misma piedra consideró necesario luego quebrarse de manera uniforme para respetar aquella decisión tan noble.

Es curioso que, aún con mi aprecio por la soledad, mi sitio preferido fuese un sitio tan concurrido por turistas. Cámaras de fotos y jóvenes excursionistas se mezclaban en las horas de la tarde. Odiaba la profanación de aquel suelo que consideraba mitificado por el paso del tiempo. Me dedicaba a subir a primeras horas de mañana con mi padre, cuando bien no había aún amanecido, o a última hora cuando la gente decidía bajar en tren desde Pesquera. Final de trayecto. Allí, al final del mundo, la actividad volvía con algo tan irreal como una estación de tren. Mi padre y yo nos escondíamos entre los árboles que limitaban con el camino, entre las rocas de la calzada y la piedra olvidada de la villa abandonada. Pero, con el paso de los años, cada vez me acercaba menos a aquellos parajes. Demasiado tiempo termina desvirtuando la grandeza del momento. Mi padre se aburría de recorrer los mismos baches. Además, la calzada parecía ya no un reto sino recuerdo de mi debilidad. Síntoma de mi debilidad infantil. Y la historia se convirtió en rutina.

Fue entonces cuando me empecé a preocupar más de la gente del lugar que de la parálisis física de un camino. Asirse a algo tan invariable como una calzada empezó a ser un lastre. Mi tierra natal está infestada de sangre y de historia. No de estatuas, pintoras. No de bronces y óleos, sino de esqueletos. De retazos de historia de quien, antes que yo, había recorrido aquella calzada. Y comenzó mi ansia de documentación.

Entonces, con once años, mi máxima fuente de conocimiento era mi padre. Pero resultó peor informador que guía entre los bosques. Creo que moralmente se creía obligado. Mi abuelo murió antes de que yo naciera, y mi padre, a cambio, puso su alma en el empeño de sustituirle. Comenzó a rebuscar entre viejos documentos. Compró nuevos libros. Me regaló historias

viejas y nuevas. Con sus raíces hundidas en nuestra propia tierra. Un arte al que yo pertenecía. Pero la ficción y la realidad comenzaron a confundirse. Comencé a visitar las casas de mis vecinos en busca de mi ansiada información. Comencé a ser asidua de la biblioteca. Y me reencontré con mitos de fantasmas, de brujas y antiguos vasallos reales, que se mezclaban con las creencias de mi pueblo. De monstruos inmensos. De ojáncanos y anjanas. De nuevos y viejos seres terroríficos.

Y el relato se convirtió en realidad. Me consumía la fiebre de la ficción. Sólo en los libros encontraba un apoyo a mi delirio. Mi padre trató de disuadirme de mi obsesión pero ya era un poco tarde. Para entonces, ya había convertido al viejo Pedro en mi nuevo mesías. Pedro era un hombre de setenta y muchos años que vivía desde siempre en las cercanías de la estación de tren. Acostumbraba a entretener a los excursionistas en la estación con la intención de que perdieran el último tren y que se vieran en la obligación de quedarse en el pueblo la noche. Muchos caían en la trampa del viejo, aunque poco les habría costado bajar andando la calzada. Yo misma no había reparado en Pedro durante los años que disfrutaba paseando por allí, por mi aprecio a la soledad y desapego por los excursionistas. Pero le conocí por causa de algo tan material como el colegio. Mi profesora propuso una excursión a la calzada, y aunque yo me negué, entonces tampoco tenía voto en aquel asunto. Ya estaba muy cansada de aquel camino, y recorrerlo con mis compañeros de clase me parecía un impedimento para mi fantasía. Y así, refunfuñando y gruñendo como una niña malcriada, fuimos a coger aquel tren maldito en mi mente.

Fue entonces cuando el viejo trató de entretener a profesora y alumnos con sus historias y su manejo de la lengua cántabra. Sí, porque existe tal lengua. Tal dialecto que terminé convirtien-

do en mito. La única que entonces caí a su embrujo fui yo, pre-dispuesta a cometer cualquier atropello por más información.

El viejo conocía tanto... Sabía contar historias como nadie que hubiese conocido. Convencí a mi padre para que le fuéramos a ver cada día. Recorriendo la calzada en sentido inverso, subíamos en el tren a finales de las horas de la tarde y escuchábamos al viejo hasta que anochecía y bajábamos por las piedras embarradas por la lluvia. Normalmente, yo delante, iluminaba a mi padre con la linterna mientras bajábamos y le avisaba de la presencia o no de trasgos, si entornando la vista podía ver algún trenti.

El viejo diablo era sal para mis heridas. Entornaba los ojos en mi cama y no conseguía dormir. A la oscuridad no temía, sino a quien podría esconderse en ella. Al menos, conocía historias de seres protectores que me ayudaban con mi angustia. Comencé a familiarizarme con amuletos y redenciones espirituales. Y sobre todo con cánticos que especulaban una existencia más allá de la divinidad. Comencé a dominar el lenguaje cántabru a fuerza de las palabras intercaladas de Pedro en sus relatos. Y cuando no, me sentía salvada si inventaba nuevas palabras en aquella lengua protectora. Ya no me planteaba la existencia de aquellos seres, sino si podían herirme o ayudarme en mi terror. Disfrutaba de mis sudores fríos cuando bajaba aquella calzada en verano. Hasta entonces seguía iluminando a mi padre, pero mis manos se sacudían, y no precisamente de emoción, cuando avistaba algo que podría no ser el viento. Y aún así subía prácticamente todos los días a Somaconcha. Me encantaba. Volvía a adorar la piedra del camino. Me hice con unas botas nuevas. Amaba ver atardecer. Temblar de frío y acurrucándome dentro del abrigo. Bajar a oscuras. Temblar. Al final eso era todo lo que hacía las noches. Temblar y meterme en la

cama, cansada y... aún temblando. Y me acurrucaba al caloruco de la calefacción.

Pasaron los años y yo seguía visitando al viejo. Realmente la frecuencia de las visitas había descendido. Pedro contaba una y otra vez las mismas historias que terminaban siéndoles aburridas a mi oído y corazón. Las recitaba con las mismas comas, y a menudo su mente chocheaba. En tres años envejeció lo que parecían más de quince. Sus miembros estaban vacíos de vida y su cara huesuda y decrépita empezó a sustituir a las leyendas en mis pesadillas. Aún así, le guardaba una gratitud al viejo inmensa. Había sido mi maestro en la ficción. Mi Dorian Grey de la mitología. El Doctor Hyde de mis raíces. El ser real más cercano al “Érase una vez la vida”.

Si mi excusa diaria para no visitarlo eran mis estudios, también era mi recompensa visitarlo en las fiestas. Me sorprendió mucho que el viejo me llamara pidiendo por favor que subiera la noche de San Juan. Primero, porque nunca me había llamado a mi casa, sino más bien al contrario para avisar de mi ausencia. Segundo, porque su tono fue más suplicante de lo que había oído jamás. En ese momento volvió a mí el fervor de la infancia. Asentí con emoción. Ya con quince años, era innecesaria la compañía de mi padre. Cogí una linterna y, chocolate en mano, me presente sola en la puerta del viejo, aún cuando todavía esperaba la misma historia de siempre. Pero, según la puerta se abrió, supe que no sería así.

Me abrió un espectro. Un espejo cóncavo de lo que alguna vez fue aquel hombre. Humo sin fuego. Volví a sentir frío y miedo. Fue entonces cuando me habló de los caballucos del diablo, desterrados, confinados en su ira que sólo saldrían esa única noche. Me habló con fervor de la maldad del hombre, de los siete demonios interiores de cada uno de nosotros. Vástagos

de nuestras pasiones, creados por nuestros antepasados y sus lenguas artistas. Aquellas lenguas que no habían encontrado lugar en la tinta y el papel. Afirmó que en todo el mundo se pueden encontrar restos de las más bajas pasiones, y con las historias se da fuego y castiga moralmente. A los siete pecados ilustrados en pequeñas sombras literarias de azufre y fuego. La representación de un antiguo abuso de poder. La venganza de los sometidos está en las historias, dijo. Y fue la ira de los hombres que los habían creado. Porque cada uno de ellos representa con un color cada una de las violaciones de los mandamientos, del abuso de un poder que se otorgó y de la destrucción de una tierra venerada.

Esa noche, me ilustró el paganismo y el simbolismo de todo aquello que él me había enseñado. De la ficción, hecha roca de acantilado, en principio resistente, moldeable con el paso de la edad de los hombres. Me habló de su mujer y de su pasión por ella. Y de la pasión de ambos por la tierra. Por la sangre y por la muerte. Y me habló de que cuando él muriera, no sólo moriría él, sino todas aquellas reivindicaciones, todos aquellos temores de las almas que nos habían precedido. Y vi el fuego de los caballos en sus ojos, y supe que hablaba en serio. Sentí que el viejo colocaba sobre mis hombros una carga heroica de algo que no me correspondía. De lo que no formaba parte. Y sentí miedo de aquel hombre. De que pensara que ni siquiera yo sintiera aquel fervor que a él le trastornaba.

No me dejó irme hasta bien entrada la noche con un susurro de buena suerte y ten cuidado. Según lo escuché, pensé que eran las palabras más apropiadas para ser las últimas que mis oídos percibieran. Ecos de un pasado. Pero no de un futuro. Nunca de un futuro. Eran las palabras que presta un condenado a otro para que use en su última cena.

Desde la casa del viejo en Pesquera, me quedaba todavía subir hasta Somaconcha y de allí, un largo descenso hasta mi casa. Nunca me había parecido tan largo. Siempre salía de la casa del viejo con un ánimo desbordante, dispuesta a correr si encontraba el terror en el camino. Normalmente subía recordando los pasajes más cruciales de la leyenda de la noche, pero, en esta ocasión, sólo podía encontrar en mis recuerdos retazos de los ojos del viejo. En mi memoria ya no tenían forma de ojos sino de ascuas de la fragua del mismo infierno. El terror que me consumía no era sino pesadumbre. Como si yo misma hubiera sido partícipe de ese fuego y ahora me consumiera las entrañas lentamente. Como si mis pies estuvieran sobre clavos de los pecados de otros y yo fuera una especie de justiciero enmascarado de historias. Porque la venganza de los sometidos está en las historias, dijo.

Cuando terminé la subida, tardando tres veces más de lo necesario, pero dos veces menos de lo que aquel día hubiese necesitado, encontré erguida en la roca la iglesia de Somaconcha. Siempre poderosa, pero más solitaria y triste que tenebrosa, entonces parecía morada de almas en pena. Aquel día de San Juan los espíritus no susurraban sino complacían al viejo y le rendían culto. Toda la imagen era una oda al viejo. Y comencé a temblar. Mis ojos me engañaban o el pueblo entero, desde sus cimientos, ardía. Era un absurdo. Como si la historia se consumiera a sí misma.

Ya no sentía temor sino pena de aquella destrucción. Y me quedé mirando. No podía apartar la vista de aquel espectáculo bello pero completamente triste. Y me senté entre la piedra y las ramas. Y miraba el fuego. Hasta que mi madre me encontró cuando Somaconcha aún ardía. Pero ella no vió fuego. Era yo quien ardía con 40 grados de fiebre.

No bien había terminado de bajar la calzada protegida por los brazos de mi madre cuando supe que el viejo estaba muerto. No me hacía falta que me lo confirmaran. Porque si esta noche yo estaba protegida, él sin embargo no. Sabía que el espejo cóncavo ya se había roto.

Quizá esta historia sea ficción. Quizá el viejo nunca existió ni me confió una responsabilidad sobre mis raíces. Pero yo un día de San Juan aluciné de fiebre y vi Somaconcha arder. Y siempre viviré con un recuerdo que me pertenece sólo a mí, pero que habla de todos en general. Dadme 30 líneas y agradeceré a mi padre todo lo que ha hecho por mí. Le agradeceré a mi madre las noches en vela. Le agradeceré a mi abuelo muerto no haberle conocido y poder mitificar su figura.

Porque los mitos es lo que queda de los que nunca conocimos. Pero a los que aún así pertenecemos. Ahora estudio Ingeniería en la Universidad Antonio de Nebrija. Todo el mundo me pregunta por qué salí de Cantabria y me vine aquí. Por qué elegí una ingeniería, cuando mi afición por la lectura es tan grande. ¿Por qué?

Es lo que me gusta. Lo que se me da bien. Las matemáticas y escuchar. Contar historias. Y pertenezco a todo ello. A la ciencia y al arte. Y pertenezco, sobre todo, a mis raíces. Pertenezco a la Cantabria nueva y a la vieja. A la mitología y a la playa. Tomar el sol o los rayos UVA. Pertenezco a los ojáncanos y a Internet. Porque todos necesitamos nostalgia en ocasiones. Y ésta es la mía. Esto es mi culto personal a mi tierra y a su pasado. Otro día, Madrid será mi inspiración y, de mi futuro, su guía.